

Urdir y tramar

Versión de Eesha Sardesai

La tierra bajo los pies de Niyol era suave, seca y rojiza. A su manera, este suelo era fascinante —incluso hipnotizante— de ver. Ahí estaban todas las rocas y piedras que abundantemente lo cubrían, cada una de ellas de diferente forma, color y tamaño. Ahí estaban todos los animales e insectos que habían creado sus hogares en ellas. Estaban las plantas que dieron a esta tierra textura y dimensión, una historia enraizada en algo profundo y real ahí abajo.

No obstante, Niyol siempre estaba más interesada en el firmamento. Su mente no necesitaba pretexto para dejarse llevar hacia esos fantásticos espacios de arriba. Ciertamente, en el suroeste de América donde ella vivía, el cielo era asombroso. Al atardecer, se tornaba morado y naranja —la esencia de los sueños.

Sentada fuera de la casa de su familia, Niyol observaba las nubes flotar a través del cielo de la tarde. Vio muchas formas en esas nubes: un conejo, un ave, un corazón, una abeja.

Cuando empezaba a delinear estas figuras con su dedo, escuchó un sonido no muy lejos. *Clop, clop. Clop, clop.* Sus ojos miraron rápidamente hacia abajo.

Ahí, frente a ella, había un burro que avanzaba lentamente por el camino de tierra. *Clop, clop. Clop, clop.* Sobre el lomo del burro, había un gran bulto de lana.

—*Ha de dirigirse al taller de mi padre* —pensó Niyol. Su padre era un tejedor y, una vez que la lana era transformada en hilo, él podía fabricar telas. Niyol volvió a sus nubes.

Clop, clop. Ahí estaba de nuevo el sonido. Solo que esta vez sonaba como si hubiera más cascos en el camino. Niyol miró hacia abajo y, efectivamente, ahí

había otro burro. En realidad —entrecerró los ojos para ver a la distancia— había tres burros. No, espera, ¡cuatro! ¿O eran cinco?

Los burros, de hecho, seguían avanzando por el camino, uno detrás del otro, con enormes bultos de lana atados al lomo. Mientras Niyol los observaba, se empezó a preocupar. ¿Qué iba a hacer su padre con toda esa lana? ¿A dónde la enviarían? ¿Cómo se transformaría todo eso en tela rápidamente? Su padre tenía solamente un telar. ¿Quién iba a urdir y a tramar?

El firmamento se oscureció, y los párpados de Niyol empezaron a cerrarse. — *¿Quién iba a urdir?* — se preguntó. — *¿Quién iba a tramar?*

Urdir, tramar... Las palabras daban vueltas por algún distante recoveco de su mente. *Urdir, tramar...* Y pronto, Niyol se quedó dormida.

Un remolino ante sus ojos, la escena cambió. Niyol soñaba, y en su sueño vio a la distancia una horda de formas borrosas que se acercaban. Conforme avanzaban hacia ella, fueron más claras. Parecían tener pelo. Tenían cuatro patas. Había algo voluminoso encima de cada una. — *¡Oh no!* — Niyol susurró. — *¡Burros!*

Sus ojos se abrieron de súbito; respiró fuertemente, exhalando solamente al darse cuenta de que sobre ella estaban las estrellas y el silencioso cielo nocturno. — *Ahhh.* Se sentó y parpadeó.

Y luego, parpadeó otra vez. Se frotó los ojos y miró lo que estaba frente a ella. — *No* — pensó. — *¡No puede ser!* Ahí estaban de nuevo los burros, dos, cuatro, seis, marchando como si fueran una extraña milicia animal. La lana al lomo subía y bajaba con cada paso.

Las preguntas volvieron en torrente a la mente de Niyol. *¿Quién va a urdir?* *¿Quién va a tramar?* *¡Tanta lana!* — susurró para sí. — *Tanta lana...*

Cuando el pensamiento de los burros y la imagen de la lana rebasaron su mente, Niyol se deslizó de nuevo al piso. Antes de darse cuenta, había regresado a la tierra de los sueños, y ahí estaban otra vez los burros. Excepto que ahora parecía haber cientos, y ellos habían retomado su canto: *¿Quién va a urdir? ¿Quién va a tramar?*

Niyol despertó de nuevo, y se sentó solo para descubrir —*¡No, no, no!* Otra hilera de burros andaba por el camino. Empezó a temblar. Sus palmas sudaban. —*No me siento muy bien,* —pensó. Se llevó la mano a la frente; estaba ligeramente caliente. —*¡Tengo fiebre!* —pensó.

De nuevo surgió la pregunta: *¿Quién va a urdir y a tramar?* Cuando la noche se volvió día, murmuró esta pregunta entre dientes.

El padre de Niyol, que estaba dentro del portal, la escuchó mientras pasaba.

—*Niyol* —dijo mientras salía. —*¿Qué estás diciendo?*

—*¿Quién va a urdir? ¿Quién va a tramar?*

El padre de Niyol la miró preocupado.

—*¿Qué quieres decir con “¿Quién va a urdir y a tramar?”.*

Entonces vio los burros.

—*Ohhh* —dijo. —*No te preocupes, mi querida. Yo tejeré esa lana y fabricaré la tela.*

Niyol no escuchaba. —*¡Hay tanta lana!* —exclamó. —*¿Quién lo va a urdir? ¿Quién lo va a tramar?*

Su padre trató nuevamente de explicarle, pero sin éxito. Así que trató de distraerla señalando algunas plantas que habían brotado recientemente de la

tierra. Eso tampoco funcionó. Niyol estaba obsesionada. *¿Quién va a urdir? ¿Quién va a tramar?*

Finalmente, el padre de Niyol alzó las manos al aire y fue a buscar ayuda. Él sabía de un astuto hombre que vivía cerca. Ese hombre siempre encontraba soluciones a problemas extraños. Tal vez *él* sabría qué hacer con su hija.

Niyol estaba todavía sentada a la puerta de su casa cuando su padre regresó con el astuto hombre. Ella hablaba casi en murmullos: *¿Quién va a urdir? ¿Quién va a tramar?*

El hombre se hincó a su lado. — *¿Qué pasa?* — preguntó suavemente.

— *Es la lana* — balbuceó Niyol, sus ojos aterrorizados. — *¡Demasiada lana! ¿Quién va a urdir y a tramar?*

— *Ah, sí* — dijo el hombre. — *La lana.*

— *¿Sabes tú sobre eso?* — preguntó Niyol.

— *Oh sí, sí, por supuesto que sé* — dijo el hombre. Se detuvo y, de repente, su tono cambió; se volvió más serio. — *Pero, ¿escuchaste las noticias?*

— *¿Qué noticias?* — dijo Niyol.

El hombre respiró hondo. Movié la cabeza de lado a lado. — *Bueno* — dijo. — *Toda la lana fue llevada al taller de tu padre. Pero luego... hubo un incendio.*

El padre de Niyol se sobresaltó al escuchar esto. ¡Él no sabía nada de ningún incendio! Se apresuró a abrir la boca, pero el hombre astuto levantó su mano.

— *Sí* — dijo el hombre, todavía mirando a Niyol. — *Hubo un incendio en el taller de tu padre. Ahora, no te preocupes, el taller está bien. Pero toda la lana que viste* — todos

esos bultos amarrados al lomo de los burros — eso desapareció por completo. No hay más lana.

— *¿No hay más lana?* —susurró Niyol sorprendida.

— *No hay más lana* —dijo el hombre astuto.

Niyol sonrió, con los ojos brillando. Empezó a reír.

— *No hay más lana* —gritó.

Y entonces, Niyol saltó y empezó a bailar. Dando vueltas y vueltas y más vueltas. Levantó los brazos, y ladeó la cabeza hacia el cielo. Sus pies apenas si tocaban el piso.

